

acababa de entrar. Los demás que por su belleza llamaban la atención eran los Lameth, Benjamin Constant, Coster-San Victor, Boissy D'Anglas, Lanjuinais, Talleyrand, Ouvrard y Antonelle.

El cuadro que presentaba la sala hacia esperar con paciencia el anunciado en el escenario.

II.

Un hombre de otra epoca.

Este espectáculo parecia despertar la curiosidad de un espectador sentado hácia la orquesta, y que era objeto de la atención general.

Entre aquella multitud de jóvenes que lucian trajes de seda y terciopelo, con colores brillantes y cortados á la moda del 96, habia aparecido de repente, mereciendo tal vez mejor que Tallien, Barrás y Freron el epíteto de bello, un hombre de treinta á treinta y dos años vestido con el severo traje del 93.

Cortados los cabellos á lo Tito, pero largos y flotando en sedosos rizos sobre su pálida frente y acariciando sus mejillas.

Tenia corbata blanca, pero sin lazo exagerado: llevaba chaleco de piqué blanco con solapas, llamado á lo Robespierre, levita granate oscuro, y que llegaba hasta las rodillas, cuello holgado, calzon corto y botas altas.

Su sombrero era de fieltro, y pudiendo amoldarse á la forma que se deseara, y lo mismo que lo demás del traje, recordaba el 93, año que cada cual deseaba olvidar.

Habia entrado en la orquesta, no con la desenvoltura de los jóvenes á la moderna, sino grave y tristemente, pero con urbanidad.

A los que le impedian el paso les habia rogado, en un francés casi olvidado, que le permitieran pasar á su puesto.

Le habian abierto camino, mirándole con asombro, porque era en la sala el único que vestia como en otro tiempo.

Algunas carcajadas de las galerías y de los balcones habian acogido su llegada; pero cuando se quitó el sombrero y se apoyó en las butacas para inspeccionar el teatro, las risas cesaron, y las mu-

jeros se fijaron particularmente en la belleza severa y triste del desconocido, en sus ojos tranquilos, límpidos y profundos, y en sus blanquísimas manos.

Hemos dicho que llamó la atención general, la misma que sentía él por aquel espectáculo que se presentaba á sus ojos.

Los que estaban próximos notaron la suprema distinción que resaltaba en él; trataron de entablar conversación, pero sin rehusar la contestación respondía de un modo el recién llegado que daba á entender no deseaba continuar.

—¿Sois extranjero, ciudadano? le preguntó su vecino de la derecha.

—He llegado de América esta mañana, respondió con voz firme, pero dulce.

—Caballero, ¿deseais que os dé á conocer las notabilidades que encierra la sala? le interpeló el vecino de la izquierda.

—Gracias, caballero, contestó con urbanidad y cortesía; pero conozco á la mayor parte de los que aquí se encuentran.

Y sus ojos se fijaron con expresión extraña en Tallien, en Ferron y en Barrás.

Este último aparecía inquieto en su palco, que no había abandonado un solo instante, como hacían los demás. Parecía esperar alguna persona, y desde allí había saludado á las señoras y caballeros á quienes conocía.

Dos ó tres veces se abrió la puerta del palco, y á cada una había hecho un movimiento para lanzarse á la puerta; pero cuando veía que no era la persona que aguardaba, pasaba como una nube sombría por su semblante.

Tres golpes anunciaron que se iba á levantar el telón y á empezar el espectáculo.

Efectivamente: se levantó el telón, y el público sintió ese viento que refresca la ardiente atmósfera de la sala.

La escena representaba el taller de Pygmeleon; se veían grupos de mármol, estatuas bosquejadas, bustos y pedestales; y en el fondo una estatua cubierta con un velo ligero y brillante.

Pygmeleon (Larive) estaba en la escena, y Galatea oculta bajo el

velo. A pesar de estar oculta, fué saludada la Raucourt con un torrente de aplausos.

Se conocía el libreto; estaba escrito por Juan Jacobo Rousseau, y era sencillo y apasionado á la vez, como su autor.

Desesperado Pygmeleon de no poder superar ni aun igualar á sus rivales, arroja con desesperación el buril.

En un largo monólogo, el escultor sospecha su vulgaridad, hasta que, por último, se tranquiliza pensando en sus obras maestras; se acerca lentamente á la estatua velada, pone la mano en el velo, vacila y le levanta temblando, cayendo de rodillas ante su obra, y exclamando:

—¡Oh Galatea, recibe mi homenaje! Sí, me he equivocado; he querido hacer una ninfa y te he hecho una diosa; la misma Vénus no era tan hermosa como tú.

Continúa el monólogo, hasta que, bajo el influjo de la pasión, un soplo de aquel amor anima la estatua, la cual baja del pedestal y habla.

A pesar de que solo tiene que decir algunas palabras, la señorita Raucourt, gracias á su soberana belleza, á la gracia majestuosa de sus movimientos, fué aplaudida estrepitosamente desde que empezó á animarse, y el telón cubrió el triunfo de la belleza física.

El telón volvió á levantarse para que los dos grandes artistas gozasen de nuevo de su popularidad.

El entusiasmo se prolongó algunos segundos, y después volvió á caer el telón, separando á Pygmeleon y á Galatea de aquella sala, que se estremecía por la emoción puramente sensual que acababa de experimentar, y por la escena que había aplaudido frenéticamente.

En aquel momento se abrió la puerta del palco de Barrás, y como si hubiera temido hacer sombra á la incomparable hermosura de la señorita Raucourt, apareció en el fondo una mujer desconocida, y tan hermosa, que no podían compararse con ella ni las más bellas.

Adelantó lenta y tímidamente y como si temiera presentarse en la delantera del palco.

Todas las miradas se dirigieron hácia la recién llegada, de la que apenas veían entre los pliegues de su velo de gasa el celeste semblante.

Sus ojos recorrieron la sala, se inclinaron sobre la orquesta, y su mirada, como atraída por un impulso desconocido, por una fuerza invencible, se cruzó con la del hombre cuyo traje habia causado en la sala general admiración.

Ambos lanzaron un grito; ambos se lanzaron á la puerta; uno á la de la orquesta, otro á la del palco, y se encontraron en el corredor.

Cuando llegaba el extranjero al primer escalon, la bella criatura, que parecia bajar las escaleras sin tocarlas, fué á caer en sus brazos, dejándose deslizar de rodillas y rompiendo en sollozos.

El desconocido la miró sin hacer ningun movimiento, y despues, con voz dolorosa, hueca y profunda como si saliera de lo más hondo de su pecho, dijo:

—¿Quién sois? ¿Qué quereis?

—¡Oh! Mi Jacobo muy amado, le contestó la jóven, ¿no conoces á tu Eva?

—Lo que está en el palco de Barrás, es de Barrás; contestó friamente el extranjero; no es mio, ya no es mio, jamás fué mio.

En aquel momento apareció Barrás en lo alto de la escalera.

Admirado de la fuga de Eva, la habia seguido.

—Ciudadano Barrás, dijo Jacobo Merey; aquí hay una mujer que debe estar loca; invitadla os ruego para que vuelva á vuestro palco y ocupe en él el puesto que debe ocupar.

Pero Eva, al escuchar aquellas palabras, lanzó un gemido de dolor como si hubiera recibido una puñalada, se abrazó á Jacobo, y mirándole con una expresion fácil de comprender, exclamó:

—Tú sabes que si repites las palabras que acabas de pronunciar me quitaré la vida con el arma que pueda encontrar.

—Perfectamente, contestó Jacobo; la sangre purifica, y tal vez muerta volverias á ser mi Eva.

Eva se levantó, y volviéndose á Barrás, pero sin soltar el brazo de Jacobo, que sujetaba con fuerza varonil, le dijo:

—Ciudadano Barrás, este hombre es aquel que amaba, aquel que me dijiste habia muerto el 31 de Mayo y que se le habia encontrado cosido á puñaladas y medio comido por las fieras en los bosques de Burdeos. Este hombre vive; héle aquí y yo le amo. No trates de arrebatarme á él, ó podré acusarte y decir que te has valido de una estratagema, de una violencia. Y tú, Jacobo, por el amor de Dios, llévame, y si muero que sea á tu lado.

—¿Sois Jacobo Merey? preguntó Barrás.

—Sí, ciudadano.

—Esta jóven ha dicho la verdad: siempre ha sostenido su amor por vos: ha creído que habiais muerto, y afirmo que al decírselo lo creía yo tambien.

—¿Y qué importaba que yo viviera ó muriera, puesto que ella cree que existe un cielo en donde se reunen las almas?

—Caballero, dijo Barrás, reconozco que no tengo ningun derecho sobre ella. Su fortuna es suya; la casa que habita ha sido comprada con intereses suyos; y como jamás me entregó su corazon, no tengo que devolvérselo.

Y despues, con expresion caballeresca, saludó y desapareció por el corredor, entrando en su palco de proscenio.

Eva se volvió vivamente á Jacobo.

—Lo has escuchado, ¿no es cierto, Jacobo? Ese hombre me dijo que habias muerto, y quise morir; no he podido; ya te referiré todo. He estado en la carreta, hasta el pié de la guillotina, y la guillotina me ha rechazado y he sido salvada á pesar mio. No queria salir de la cárcel, y la esposa de Tallien fué á buscarme y me llevó á la fuerza. ¡Ah, si supieras cuántas lágrimas he derramado, cuántas noches de insomnio, cuántos gemidos y gritos para llamarte y hacerte volver al mundo de los vivos!...

Y de nuevo Eva cayó de rodillas.

—¿Me perdonarás?

Jacobo hizo un movimiento.

—No, no me perdonarás. No te pido que me perdones; no soy digna de ese perdon; pero puedes hacerme morir lentamente bajo el peso de tus reproches: si me matara, moriria demasiado pronto

y no expiaría; ¿comprendes? Dime que ya no me amas, que no me amarás jamás: mátame con tus palabras: he vivido por tí, deseo y suplico morir por tí.

—El ciudadano Barrás ha dicho que teneis vuestra casa, señora; decidme á dónde he de conducirlos.

—No tengo casa propia, no tengo nada mio. Tú me encontraste en la pobre cabaña de un aldeano, sobre un poco de paja. Vuelve á arrojarme sobre la paja. ¡Oh, pobre Escipion, pobre perro, si existieras tú me conservarias tu cariño!

Jacobo inclinó la vista sobre Eva, pero sin que sus ojos, fijos y terribles, cambiasen de expresion. La jóven estaba abatida á sus piés, como la Magdalena á los piés de Cristo.

Pero Jesús, superior á las pasiones humanas, tenia la manse-dumbre de un Dios, mientras que Jacobo ostentaba el invencible orgullo del hombre.

Habia dicho la verdad; hubiera preferido encontrar muerta á la mujer que tanto habia amado, á encontrarla viva y en aquella si-tuacion.

Le hubiera sido más dulce besar la tierra de su tumba, y se estremecia al sentir los lábios de Eva sobre sus manos y su rostro.

—Os aguardo, señora, dijo.

Le pareció á Eva que volvía en su razon, y dejando caer la ca-beza hácia atrás le miró con tristísimos ojos.

—¿Cómo que esperas, Jacobo? No te comprendo.

—Espero que me indiqueis las señas de vuestra morada para con-ducirlos á ella.

Eva se incorporó sobre una rodilla, y el dolor más profundo se reflejó en su rostro.

—Te he dicho que no vivo en ninguna parte, replicó: te he di-cho que no deseo el ataud de los suicidas ni su puesto en la fosa co-mun, sino con los más pobres, ó un saco de paja á tus piés para vivir con pan y agua, ó para morir de hambre contemplándote. Aquel perro, aquel infeliz perro rabioso que habia mordido á los hombres, no permitiste le hicieran daño ninguno, le llevaste á

tu casa, le permitiste que te amara, de modo que soy ménos que un perro.

Jacobo no contestó, pero procuró desasirse de los lazos que le de-tenian y con los que le sujetaba Eva.

La jóven sintió el esfuerzo que hacia para alejarla de él.

—Sea, dijo separándose; puesto que te causo horror, ya estás libre; pero no me impedirás que te siga, ¿no es cierto? Pues bien, te juro por la paja sobre la cual me encontraste y que te pido in-útilmente, te juro que á falta de arma pondré mi cabeza bajo la rueda del primer carruaje que pase.

—Venid, replicó Jacobo, venid; me habia olvidado que tenia que entregaros una carta de vuestro padre.

Y la ofreció el brazo.

En la inflexion de su voz comprendió Eva que no era el perdon, sino la piedad, ó tal vez solo el deber lo que le hacia ceder. ¿No te-nia que entregarla una carta de su padre?

—No, dijo, no quiero abusar de tu bondad; vete delante, yo te seguiré.

Jacobo fué delante y Eva le siguió, enjugándose las lágrimas con un pañuelo. Merey hizo acercar un carruaje, y con la mano hizo seña á la jóven para que subiera.

Eva subió.

—Por última vez, ¿quereis darme vuestras señas? preguntó Jacobo.

Eva lanzó un grito doloroso é hizo un movimiento para precipi-tarse fuera del carruaje.

—¡Ah! exclamó; creia que habias concluido de torturarme.

Jacobo la contuvo.

—¡Plaza del Carrousell, fonda de Nantes! le gritó al cochero.

Y subió en el simon, se sentó en el asiento de delante, y guardó silencio ínterin rodaba el carruaje hácia las señas indicadas.

Eva se dejó caer sobre sus rodillas y abrazó llorando las de Jacobo. Aquella humilde postura la conservó hasta que el carruaje se detuvo, pues el trayecto de la plaza Louvois á la del Carrousel era corto.